

''''''''''Capitulaci»n Criutlanc

''''''''''''''''''''

Ha terminado la batalla. Con los últimos arcabuzazos se oyen clarines de paz, de silencio. Hay un redoble de tambores que sugieren el duelo por los muertos.

Cuando se logre el silencio se oirá un clamor de añafiles y redoblar de timbales. Ahora de victoria. Se adelantan hacia la fachada del castillo cuatro heraldos mahometanos, de dos en dos, que se vuelven en fila horizontal de cara al público y hacen sonar sus añafiles anunciando la llegada de la Reina Mora, del Embajador y de su sequito, que se detendrán a distancia prudencial.

En medio de silencio impresionante, descende el portón de la fortaleza. Se han de oír trágicamente las cadenas. Desde el interior aparece erguido, con la frente abatida, pero rezumando dignidad y nobleza, con altivez herida, el Embajador Cristiano. Detrás de él, al fondo, su sequito. Avanza el Embajador dignamente hacia la puerta y, detenido en el umbral, dolorido y con la voz embargada por la pena, empieza su parlamento, dicho como para el mismo en esta primera parte:

Embajador Cristiano.-

Si he de sobrevivir, llevar día a día
la cruz amarga y cruel de mi derrota,
será como morirme gota a gota
y hacer de cada instante una agonía.
¡Morir de un solo trago desearía!
¡volver a alzar la frente hundida y rota!
¡librarme de la afrenta que me azota!
¡ganar la libertad que ya no es mía!

Soñé. Libre fui ayer, ¡libre mi tierra!
Un alcázar mi pecho era de orgullo
para mi pueblo y Dios, ¡un altar de oro!
¡Y todo lo he perdido en una guerra!
Sólo me queda hiriéndome un murmullo
de heridas y de sangre por quien lloro.

¡Florecerá esta sangre! Está aún caliente
y es un grito de amor que se dispara,
multiplicado río que no para
de fecundar la tierra y la simiente.
Algo en mi corazón, que no me miente,
me dice ahora: ¡vivir!, y no me aclara
por qué, si yo quisiera que parara
para también sembrarme en la corriente.

¡Vivir!.. ¡Morir!... Abrir como una mano
enamorada el corazón al viento
para sembrar la fe que en mi alma alienta.
Y esperar el mañana. Un día cercano,
lleno de gloria, que al sonar presiento
que ha de llegar para lavar mi afrenta.

Avanzan el Embajador y la Reina Mora, seguidos de su sequito. Van a tomar posesión de la fortaleza. El Embajador Cristiano se adelanta un par de pasos hacia ellos muy dignamente. Se detiene e insinúa una leve reverencia de cortesía ante el Embajador Moro. Lleva en la diestra las llaves del castillo y de la ciudad. Hace ademán de ofrecerlas, pero se contiene, declamando con voz grave y emocionada:

Embajador Cristiano.-

No esperéis que acometido
implore vuestro perdón:
¡llevo en mi pecho un león
desmelenado y herido!

Antes que el dolor pudiera
en súplica abrir mis brazos,
en agónicos zarpazos
morir luchando quisiera.
Hecho un volcán encendido,
con el furor de una hoguera,
como el rayo destruyera
hasta quedar consumido.

Embajador Moro.-

Comprendo vuestra aflicción
y vuestra actitud comprendo.
No sufráis, que no pretendo
mancillar vuestro blasón.

(Con suavidad, persuasivo)

Quisiera dulcificar
este solemne momento,
y el trance duro y violento
que os hace capitular.
No os impongo condiciones
deshonrosas ni ofensivas...

Embajador Cristiano.-

(Amargo y desconfiado)

No dejan de ser lesivas
ni de esconder vejaciones...
pero, gracias. Mi alma toma

(Con resignación)

valor para la amargura
de entregaros la hermosura
de la más blanca paloma.

(Ofreciéndolas, pero sin entregarlas, hasta imponer sus condiciones)

Tomad las llaves señor,
de mi castillo y ciudad;
respetad mi dignidad,
¡no acrecentéis mi dolor!

No me obliguéis a doblar
-que no sabe- mi rodilla.
Mi pueblo jamás se humilla:
¡sabe morir y luchar!

Y aunque me veáis aquí
¡la verdad es que estoy muerto!:
mi pecho es como un desierto
de lo mucho que perdí.

Decidme como verán
en adelante mis ojos,
si de tanto llorar rojos
casi como el fuego están.

Advertiréis que no hay nada
que me obligue a vivir hoy,
si en las llaves que ahora os doy
(Se las entrega, reteniéndolas, prolongando la escena)
dejo mi vida enterrada.

Y a vos, señora, un vergel
(Se dirige a la Reina)
os dejo de trono, ¡un cielo!,
-que así es de hermoso mi suelo-
para que reinéis en él.

Rendido a vuestra fragancia,
(Se inclina en respetuosa reverencia)
que ser noble a ello me obliga,
me inclino como la espiga
sin humillar su arrogancia.

Mirad que os dejo un tesoro,
que os entrego un paraíso;
esta tierra que ahora piso,
¡cuidadla! que es como el oro.

Es todo lo que tenía
y os rindo vencido ahora.
Comprenderéis por qué llora
mi corazón noche y día.

Embajador Moro.-

Conmovido estoy de ver
cómo en un solo momento
dignidad y sentimiento
vuestra causa hacen valer.

No he de ser, pues, riguroso,
con quien en la lucha ha sido,
más que un león sometido
¡un huracán orgulloso!

Lucentum era una rosa
(Señalando a la ciudad)
que a mi reina le ofrecí,
¡vos me asombrasteis a mí
con su defensa gloriosa!

Ni se pudo hacer mejor
ni luchar más bravamente.
¡Llevad muy alta la frente
que está limpio vuestro honor!

Admiro vuestro valor
y respeto vuestra pena.
Libre sois, que no hay cadena
capaz para tanto amor!

Embajador Cristiano.-

Me abrumba tanto el dolor,
por su cruel adversidad,
que aceptar la libertad
me parece un deshonor.

Como una paloma herida
voy que no puedo volar,
y se enfrenta al ancho mar
turbulento de la vida.

¿En qué rincón escondida,
del más miserable suelo,
el ave que gozó el vuelo
va a quedarse reducida?

Tierra de mi corazón
cuna de la primavera
balcón de la luz primera
que me alumbró la razón.

No te dejo desterrado,
dentro de mí no te alejas
vas en mi cárcel sin rejas
para morirme a tu lado.

Pues fervoroso a Dios pido
que no me deje vivir,
si no es para conseguir
ver al invasor vencido.

(Da unos pasos alejándose)

Embajador Moro.-

Espera, ¿pero no ves
que no hay otra realidad
que la de que tu ciudad
tengo rendida a mis pies?

No sueñes con el mañana
y apura lo que te doy,
y tu presente es que hoy
¡esta tierra es musulmana!

Y que por gloria y fortuna
sustituyéndose están
tu Biblia por mi Corán
tu Cruz con mi Media Luna.

Renuncia a sueños lejanos
de tu amor comprometido,
que la que bastión ha sido
de vuestra fe está en mis manos.

Triunfa hoy La Meca, no Roma
por ella lucho y conquisto.
¡y que ha vencido a Jesucristo
en Guerra Santa Mahoma!

Tu antigua tierra cristiana
a mi poder se somete
¡levantaré un minarete
de luz por cada campana!

Desde ellos la voz hermana
del almuecín, cada día,
dirá en pregón de alegría:
¡Lucentum ya es mahometana! ...
¡Lucentum ya es mahometana! ...

Extiende su brazo el Embajador Moro y abre su paso al cortejo cristiano con un gesto de respeto. El bando moro se coloca en formación, en dos filas, y los cristianos pasaran por en medio. Mientras se alejan, en el castillo se iza la bandera mora.